

Algunos desafíos para la crítica literaria sobre el siglo XXI en/desde Bolivia¹

Mónica Velásquez Guzmán²

Carrera de Literatura

Universidad Mayor de San Andrés

Correo electrónico: mbvelasquez@umsa.bo

ORCID: 0000-0003-2977-7318

Resumen

En el presente artículo se abordan dos cuestiones: la pertinencia y modos de la crítica literaria para leer el presente y cómo hacerlo desde/en Bolivia. Para ello, se discutirán los rasgos temporales, de circulación y de rasgos textuales en el corpus literario del presente. Luego se los pondrá en un contexto editorial y de mercado cultural. Finalmente, se contrapone ese marco general a las condiciones de escritura y de análisis en/desde nuestro país, para señalar los desafíos más apremiantes en el campo literario académico.

Palabras clave: Crítica literaria, literatura actual, literatura boliviana.

1 Artículo basado en una ponencia presentada en JALLA, Santiago de Chile, 2024.

2 Doctora por El Colegio de México. Es docente emérita en la Carrera de Literatura de la Universidad Mayor de San Andrés. Ha publicado seis poemarios y los libros de crítica *Múltiples voces en la poesía de Francisco Hernández, Blanca Wiethüchter y Raúl Zurita* (Ciudad de México, 2009) y *Demoníaco afán. Lecturas de poesía latinoamericana* (Pittsburgh-La Paz, 2010). Ha coordinado catorce volúmenes monográficos sobre poesía boliviana *La crítica y el poeta* (UMSA, Bolivia 2010-2022). La Paz, Bolivia.

Some Challenges for Literary Criticism of the 21st Century in/from Bolivia

Abstract

This article addresses two issues: the relevance and ways of literary criticism for reading the present and the process of doing this from/in Bolivia. In order to reach this goal, the temporal, I will be discuss the circulation and textual features in the literary corpus of the present. Then I will put it in a publishing and cultural market context. Finally, I will contrast this general framework with the conditions of writing and analysis in/from our country, to point out the most pressing challenges in the academic literary field.

Keywords: Literary criticism, current literature, Bolivian literature.

Recepción: 18 de abril de 2025

Aceptación: 16 de mayo de 2025

Dos preocupaciones yuxtapuestas guían este artículo: la puesta en crisis de la pertinencia y de los modos de hacer crítica literaria válida para el presente y los desafíos que provoca un corpus de obras en proceso, vivas, sin la distancia canónica que proteja lo aseverado. Además, añado una dificultad específica: sitúo estas reflexiones desde Bolivia, como una espacialidad llena de actos culturales, pero sin institucionalización ni piso común (“escena”, diría Nelly Richard).

Me interesa, pues, inscribir el dilema desde este país, pero en diálogo con la región. En ese marco, creo que el campo no puede ignorar algunas condiciones globales, como las nuevas formas de producción y circulación de los textos, lo que claramente cambia el rol privilegiado de valía/legitimación de quien ejerce la crítica y, de hecho, replantea sus funciones y sus modos. Así como quien escribe ha incorporado entre sus habilidades la de editarse, diseñar su libro, promoverlo, venderlo y ponerlo en el circuito cultural, la necesidad de una editorialidad que lo valide, promueva y avale ha visto emerger en el youtuber y en las plataformas para escritores/

as otra velocidad y otra legitimación posible. Por lo tanto, ¿cabe todavía pensar en el criterio de especialista para establecer cierto prestigio del académico?, ¿puede ponerse junto al “valor” literario otros efectos tan válidos y menos universales que ese, como son el dar a pensar o el hacer (performático) mientras escriben? Y, para comenzar, ¿cuáles son las incompatibilidades de leer el presente?

Resbaladizo presente, incómodas condiciones para el ojo crítico

Como reconoció François Hartog (2007), un “presentismo”, que merma tanto la calidad de experiencia singular y común como el horizonte de expectativa hacia dónde dirigir el sentido de lo actual, rige nuestro orden temporal. Gustavo Guerrero refuerza ese argumento registrando la valía que se da no a la “duración”, sino más bien a lo inmediato, instantáneo y veloz. Cierta “orfandad” de padres (leyes, ideales, límites) habría devenido en el triunfo de lo que puede llamarse fraternocracia, que no es la fantasía del co-gobierno entre iguales, sino de que se ha asesinado al padre y se debate directamente con el hermano, sin jerarquía, pero también sin modelo. Ese simultaneísmo que por una parte parece igualar elementos, por otra ha interrumpido severamente la cadena de transmisión intergeneracional, lo que daña todo, desde la tradición hasta la innovación. Si algo de los mayores llega a las escrituras, será vía paráfrasis, si acaso cita, deformada por una memoria a la que no le interesa recordar o mantener el legado, sino deformarlo en aras de su sentido inmediato. Por su parte, Josefina Ludmer (*Aquí América Latina* y “Literaturas postautónomas”) habla de “otra experiencia del tiempo” que asume la percepción de un “presente dislocado” que se duplica, se reduce, se escapa en medio de “imaginarios apocalípticos” que, lejos de reunir en un relato los momentos constitutivos, salta inconexamente entre intensidades fugaces.

De alguna manera, para esta autora como para Guerrero, el tiempo parece estar dislocado, fuera de la columna vertebral de la secuencia (los antecedentes y precedentes). A saltos, se extraña a sí mismo en un presente que no pasa. En medio de ello, los relatos totales no solo ya son imposibles, sino que al estallar en lo micro han dejado de importar. Probablemente estemos en un tiempo que privilegia los elementos intensos y deja en manos de quien lee las asociaciones posibles entre esos momentos. Por ello, la literatura estaría protagonizando una de sus crisis más álgidas; no porque el libro desaparezca, sino porque el relato está interrumpido por

la irrupción de un instante inesperado (diríase tiempo de *kairós*), y este, por definición, no llega para quedarse sino para alterar y desvanecerse. Las flexibles barreras entre realidad y ficción se adelgazan más todavía, y la frontera entre productores de imaginarios es también débil. Lo interesante del planteamiento de Ludmer es que no lee en ello una debacle, sino un fuerte sismo en las condiciones de producción y de imaginarios literarios, ya desbordados de su propio marco, tradición o particularidad. Si acaso, circulante entre una autonomía invadida de discursos otros y una postautonomía que refresca su aliento. A otro estatuto temporal, otro estatuto de “lo” literario.

Volviendo a las condiciones de producción y circulación, Cárcamo-Huechante analiza con lucidez la necesidad de formar y dirigirnos hacia “lectores con competencia simbólica” y autores que son a la vez productores y consumidores. Más que enemigos del circuito, tenemos una labor editorial febril y en competencia por posicionar sus “productos” desde centros legitimadores (fundamentalmente España y Estados Unidos para los latinoamericanos) por medio de grandes transnacionales editoriales o, de otro lado, la contracara que se instaura no como competencia sino como carril paralelo de las editoriales independientes (entre cartoneras, fugaces sellos que cambian sin importarles ninguna fijeza en el mercado). Y, además, existe la producción editorial en línea, que corre en paralelo, aunque con la misma lógica de los grandes sellos. Burlada, sin embargo, en sus restricciones, por sus miles de usuarios que, a la manera de autoedición o curaduría de lo ajeno, también sabotean exclusividades y propiedades intelectuales “subiendo a red” y “liberando” cada vez mayor material al alcance de cualquier lector.

La lucha por la “circulación” (estar en todas las librerías y/o blogs) y por la “legitimación” (o tesis en la academia dedicadas al producto-productor o, cuando menos, éxito de ventas) deriva en una lógica que exhibe, oferta y cambia rápidamente de temporada. El “valor” de lo literario convive y compite con el de otros bienes culturales, algunos de ellos infinitamente más veloces, accesibles o atractivos. Por ejemplo, en el auge de lo audiovisual, se multiplican los audiolibros, tramas en cómic o videojuego, holopoemas y otros. Los autores son parte absolutamente consciente del sistema del que forman parte, quieran o no.

Los estudios de Montoya Juárez (2008, 2013, entre otros) enfatizan la “extraterritorialización” “que posibilita para autores y obras tanto los premios, los congresos, las editoriales extranjeras como los blogs y tecnologías digitales. La conciencia de escritores latinoamericanos de ser

portadores de una ‘marca’ puede caer en complacencias de exotismo, pero también en revelaciones de imaginarios universales y lenguajes locales”. O, en otra veta, desde éxitos académicos, en recurrentes objetos de estudio que también los legitiman, sea desde un hambre de puesta al día (qué pasó desde McOndo y el Crack) o desde un anhelo postnacionalista y promigrante. Existe, pues, “la distopía mercantil” y la “literatura dispersa”, o esas son las formas legibles, por habituales, de los modos en que circula la literatura latinoamericana desde finales del siglo XX. Entre “hedonistas” y “nómadas”, los escritores se irán posicionando, sea desde un mercado internacional que promueve sus hallazgos o desde una cartonera que también exhibe los suyos, aunque lo haga de equipaje de mano en equipaje de carga y por vías buscadamente subterráneas. A su vez, la impresión en cualquier sitio y el viaje en pdf o cualquier otro formato hace aparecer ubicuamente celebrados libros, sea por universales, por exóticos o por anárquicos tránsfugas del sistema mercado cultural. Habrá que “abjurar”, como dijo Volpi, no “del Boom”, sino de “la manipulación académica, comercial y crítica que le siguió” (Montoya y Esteban, 2008: 105 y ss.).

Sobre esas condiciones del mercado y de la academia que circulan y legitiman el objeto literario, Damián Tabarovsky añade no pocas luces: “Eso que la sociología llama campo cultural o campo literario, está quebrado, partido, cruzado por dos polos atractores: la academia y el mercado” (2018: 17). Sitios y perspectivas no tan opuestos como a veces se desea, éstos son “lugares a salvo” en los que se produce casi la totalidad de los discursos críticos. Ambos, y a su modo, “escriben a favor de la reproducción del orden, de la supervivencia, a favor de sus convenciones, escriben en positivo” (2018: 19). Entre ambos, el autor aspira, no sin cierta carga idealizadora, a un tercer discurso no dirigido a públicos ni a legitimadores sino “hacia el lenguaje” y que, por definición, no duraría como sitio alternativo a los otros, sino en su fulgurante aparecer-desaparecer: “Fuera del mercado, lejos de la academia, en otro mundo, en el mundo del buceo del lenguaje, en su balbuceo, se instituye una comunidad imaginaria, una comunidad negativa, la comunidad inoperante de la literatura” (2018: 23). Endeble condición ésta tercera, pues debe resignarse al trabajo secreto de lo invisible en su tiempo y cifrar, cual botella al mar, su presencia y su lectura en diferido. Eso suponiendo, además, que tal diferimiento no dependerá ni del buen afán rescatista de la academia ni del hallazgo de libros incunables por perdidos, de parte del mercado.

Además, en grandes zonas de producción, el mismo hecho literario está en observación. Josefina Ludmer (*Aquí América latina* y “Literaturas

postautónomas”), como se mencionó, habla de “otra experiencia del tiempo” que asume la percepción de un “presente dislocado”. Para leer esas producciones, piensa en diálogo con Tamara Kamenszain, tal vez el método poético sea el que mejor ayude ahora a enlazar momentos, a saltos, como entre imágenes y con verbos conjugados en presente, como en los versos. Paralelamente, determina que, ya que estamos dominados por “discursos e imágenes que configuran la realidad”, el “imaginario público” se realiza en un “proceso de total interconectividad”, en medio del cual:

Las literaturas postautónomas del presente saldrían de ‘la literatura’, atravesarían la frontera, y entrarían en un medio [en una materia] real-virtual, sin afuera, la imaginación pública: en todo lo que se produce y circula y nos penetra y es social y privado y público y ‘real’. Es decir, entrarían en un tipo de materia y en un trabajo social [la realidad cotidiana] donde no hay ‘índice de realidad’ o ‘de ficción’ y que construye presente. Entrarían en la fábrica de presente que es la imaginación pública para contar algunas vidas cotidianas en alguna isla urbana latinoamericana. Las experiencias de la migración y del ‘subsuelo’ de ciertos sujetos que se definen afuera y adentro de ciertos territorios (Ludmer, 2009: 45).

Nada es unívoco en el mapa de la literatura actual. Conviven modos de entender lo literario, desde la vuelta a clásicos reescritos con y sin parodia (por ejemplo, en las múltiples Medeas, o Penélopes), hasta la hibridez, literatura expandida, doculiteratura, etc. Como bien sintetiza Maricruz Castro-Ricalde:

La posnarrativa es un fenómeno que alude a los distintos tipos de expansión relacionados en mayor o menor medida con la tecnología digital. El relato pierde peso o bien convive con otros aspectos cuyo desarrollo sobresale. En un sentido amplio, desde mucho tiempo atrás, las obras literarias han formado parte de los mecanismos y los procesos de transposición mediática. (...) los de la narrativa interactiva, la narrativa de realidad aumentada o la narrativa transmedia, por citar algunos. Denomino “narrativa impresa híbrida” a aquella ‘editada en formato impreso, dentro del circuito literario y en el cual todo el dispositivo narrativo depende exclusivamente de la lectura’ (2019: 28).

Mientras alguna crítica emprende viajes en esa espesura formal, otra teme una degradación tanto en la concepción de lo literario como en su valoración. Así lo sintetizan Mazzoni y Selci:

Siempre se dice que cada nuevo «movimiento artístico» debe crearse también un público ‘nuevo’ que pueda consumirlo –el público ‘viejo’ nada puede hacer con él. En el caso de la literatura actual, esto es más cierto que nunca: aquí se redefinen no sólo lo que es un cuento, un poema, una novela, sino incluso qué es un libro, qué un escritor. Lo que posibilita estas redefiniciones no es en principio una elección estética o teórica sino antes bien las condiciones objetivas de producción en que se desarrolla la literatura actual. Porque cualquiera puede ser un escritor; correlativamente, cualquier cosa es un libro. Y en esto se juega mucho del sentido de la literatura. ¿Cómo hacer para que ‘cualquiera’ se convierta en escritor? ¿O para que ‘cualquier cosa’ se convierta en libro? Se puede afirmar que en esta conversión está el movimiento fundamental de esta literatura, lo que hace que la podamos tratar como tal y de modo autónomo (2006: s. p.).

Para estos autores, las actuales escrituras han puesto en zona de riesgo cierto prestigio del campo. Lo que para Ludmer constituye un desafío al pensamiento y a las categorías críticas, para estos es más bien una luz roja. Cuando indagan sobre una particularidad, encuentran que muchos de los libros producidos desde inicios de este siglo asientan su “novedad” en los formatos editoriales que, ya lo mencioné, guardan estrecha relación con el perfil de escritores-diseñadores-editores. Los críticos no disimulan su tono cuestionador:

El diseño viene a aportar ese dinamismo conversor, ese factor exorbitante que señala la variación estructural en lo que es un escritor o un libro. Dicho de otro modo: los escritores se han puesto a hacer otra cosa que escribir (es decir, editar), y entonces el sentido de ser escritor se abrió, se amplió, y posibilitó que prácticamente cualquiera pueda ser escritor, siempre que edite; y al mismo tiempo, los libros se han puesto a ser otra cosa que lo que son, y ese pasar a ser otra cosa posibilitó que ‘cualquier cosa’ pudiera ser un libro (2006: s. p.).

Más afín a Ludmer y Castro-Ricalde, Cristina Rivera Garza ha cuestionado agudamente una inconsistencia entre mundo actual (cambiante, desazonador, fugado de categorías de comprensión tradicionales) y ejercicio de la crítica académica. Así lo formuló en *Los muertos indóciles*: “¿Te preocupa el estado de las cosas, pero cuando escribes crees que la estética no va con la ética? [...] ¿Estás contra el estado de las cosas, pero sigues escribiendo como si en la página no pasara nada?” (2019: 36).

A partir de estas puntualizaciones y la tensión que marcan, la coincidencia en los movimientos escriturales y su repercusión en la crítica; su discordancia en las connotaciones más positivas o negativas sobre dicho

cambio, me parece central incomodarse, moverse de sitio, aceptar una crisis categorial que, si seguimos a Rivera Garza, correspondería a un anhelado cambio en el estado de cosas que también permea los seguros muros de la academia tradicional. En consonancia con nuestro tiempo, “los hechos empiezan a ser las cantidades, y lo que hace a esta cantidad algo ‘desmesurado’ consiste en que remite a una totalidad. (...) pone en cuestión o deja entre paréntesis la posibilidad de determinar ese hecho como un objeto definido entre las cosas. Confrontado con lo que queda cifrado en esa magnitud, lo humano no se sostiene ante ello desde el estatuto del sujeto del conocimiento” (2023: 53).

Aquí (no) pasa: cuestiones críticas en/desde Bolivia

Este país de espacios/tiempos yuxtapuestos recoge en su producción literaria esa misma diversidad, desde los modos más clásicos y textuales hasta cierta experimentación con algunos recursos expansivos digitales, cierta hibridez y ruido genérico (todavía visible en pocos; el caso más evidente es Maximiliano Barrientos). Si, como bien explicó Javier Sanjinés en su libro *Rescoldos del pasado*, en nuestro medio: “el espacio de la experiencia es bastante más rígido que el horizonte de las expectativas, porque puede este último incluir dentro del mismo tiempo cronológico situaciones que serían imposibles si se las juzga desde el punto de vista del tiempo histórico” (Sanjinés, 2009: 15), aquí aparece una “contemporaneidad no contemporánea de civilizaciones que, teniendo dispar ‘desarrollo’, se ubican, sin embargo, dentro del mismo tiempo cronológico” (Sanjinés, 2009: 15).

El teórico postula que, en el marco de una cosmovisión indígena yuxtapuesta a una occidental, hallamos:

un pasado que no guarda relación alguna con la tradición, dimensión en la que estriba el pensamiento conservador; tampoco se trataría de un presente transitorio que, como la flecha del tiempo, sólo ve el futuro en el cumplimiento del desarrollo y del progreso. Por el contrario, se trata del tiempo del “Otro” que, como lo notáramos en las novelas de José María Arguedas, aviva aquellos rescoldos del pasado que hipotéticamente servirían para darle un sentido muy diferente al futuro. Con este cambio, el Otro vislumbra la honda transformación de las relaciones sociales y, fundamentalmente, el trastocamiento de las relaciones de poder (Sanjinés, 2009: 26).

Se inscribiría en este presente atascado una densidad que “introduce la ‘otredad’, la mirada del ‘Otro’, en el incierto futuro” mientras también “introduce el pasado en el presente como el recurso del ‘Otro’” (Sanjinés, 2009: 27). ¿Habrá en nuestra literatura espacio para esa disonancia temporal y los usos políticos del pasado?, ¿lo habrá para la disquisición crítica?

En lo que va del siglo, la literatura boliviana ha registrado algunos movimientos dignos de comentario. Por una parte, sobre todo —pero no solamente— vía diáspora, se ha consolidado una generación de narradoras y narradores cuyas obras circulan en el mercado literario internacional, obteniendo premios, distinciones y reconocimiento tanto académico como de ventas y difusión. Por otro, la poesía se ha ido internacionalizando tanto por el camino de los festivales, blogs y revistas como por una voluntad explícita de algunos de sus representantes por sacar al país de una “insularidad” (Chávez, 2017: 16) y una condena a la edición local. Paralelamente, la dramaturgia ha ido exportando a sus representantes, especialmente vía residencias y encuentros como el de Panorama Sur. Ha acompañado a ese movimiento una efervescencia de iniciativas editoriales que amplían sus catálogos con obras actuales (Editorial 3600 o Nuevo Milenio, parcialmente Plural), o que asumen una doble función: editar en Bolivia obras actuales de difícil acceso y, al mismo tiempo, editar fuera del país autores/as nacionales (El Cuervo, Dum-Dum, Mantis).

Este aislamiento se debe a condiciones político-sociales, pero también a “un discurso defensivo y paranoico largamente fomentado a través de la exacerbación del trauma colonial y de las derrotas republicanas” (van de Wyngard, 2023: 22). Se trata, pues, de posicionamientos “ensimismados, en el centro mismo de la periferia, entre la timidez y el orgullo, anverso y reverso de un mismo no-saber” (Chávez, 2017: 16). En ese marco, la editorialidad tiene también ciertas particularidades, descritas por Fernando van de Wyngard así: “O bien podría afirmarse que, en la práctica, todas las empresas y emprendimientos en Bolivia son independientes de hecho (...) en el sentido de prosperar por fuera de una institución consolidada y de unos intereses económicos significativos (...) O también podría decirse lo inverso, que ninguna empresa o emprendimiento editorial boliviano puede ser independiente, debido a la incommensurable estrechez de su acción” (2023: 7). Dos hechos son percibidos como “traiciones”: publicar afuera, pero también “no poder sustraerse a referir incesantemente su realidad particular” (Van de Wyngard, 2023: 24). Falsas y tramposas dicotomías entre el triunfo pactado allá por concesiones que se reprochan:

eso de tener agente, de vender con sellos transnacionales... *versus* una pureza atribuida al interior, algo como el heroísmo de escribir en medio del aislamiento, la precariedad. Sin embargo, frecuentemente este discurso heroico es desmentido porque sus autores se postulan a premios, expresan ciertas furias digitales, coquetean con sus analistas académicos, etc.

Un rasgo no menor a tener en cuenta en quiénes difunden, comentan y ordenan la producción actual es que, en varios casos, son los mismos escribientes quienes, desde su formación académica, realizan compilaciones, antologías o escriben artículos sobre la producción de sus pares (por ejemplo, Anabel Gutiérrez, editora de la *Antología del cuento en Bolivia*, 2017 y 2023, o Giovanna Rivero, quien elaboró un “Dossier del cuento boliviano actual”, 2013). También editoriales, como El Cuervo, han decidido hacer su propia selección; valga de ejemplo su reciente antología *Mixtura*, en la que recogen cuentos de sus autores más representativos más Edmundo Paz Soldán, quien no había publicado con el sello (2025). En todos ellos, parecen confirmarse nombres ya recurrentes entre sus pares.

El periodismo cultural, de la mano de Martín Zelaya, programó mesas de discusión y lectura de autores contemporáneos en las Ferias del Libro 2018, 2019 y 2020. Las iniciativas de Jacqueline Mejía desde lo que fuera el Centro Cultural Simón I. Patiño en sus encuentros nacionales e internacionales de escritores desde 2016 hasta 2019, en Cochabamba, también propiciaron la actualización de corpus de análisis, las entrevistas con autores/as y la crítica de obras contemporáneas. Esfuerzo con su correlato en revistas culturales como *El ansia*, desde Santa Cruz.

Podría temerse la tendencia nacional al “olvidadero” y, por ello, emprender valiosas labores de rescate, de las que dan cuenta los trabajos de mis colegas (especialmente Andrés Eichmann, quien ha contextualizado y propiciado reediciones de la producción literaria de los siglos XVI al XIX, y Ana Rebeca Prada, quien ha realizado esa misma labor para los siglos XIX a mediados del XX, en la colección Prosa boliviana de la Universidad Mayor de San Andrés, 2015-2024). Pero podría temerse también la negación y sensación de vivir el peor de los tiempos, lo que deriva en no apreciar las potencias del momento presente, el que nos ha tocado, el que vamos a legar. El fantasma a conjurar ahora puede ser otro, tanto el de una prematura desclasificación como el apremio, la “agenda hot” de las academias. La única Carrera de Literatura del país, en La Paz, ha sido más cauta hasta ahora. Algunos de sus trabajos son el libro *Literatura y democracia* (2011), que reunió panoramas de narrativa y poesía hasta albores del siglo XXI, y algunas tesis sobre Alison Spedding, Juan Pablo Piñeiro y

una reciente que compara cuentos puntuales de Giovanna Rivero, Sebastián Antezana y Liliana Colanzi. Actualmente, van creciendo proyectos que apuntan al estudio de Edmundo Paz Soldán, Maximiliano Barrientos, y otra sobre Giovanna Rivero. En el programa de Filosofía y Letras de Cochabamba destaca la labor de Iván Gutiérrez, quien publicó dos libros colectivos de crítica sobre narrativa y poesía actuales.

En comparación con la amplia atención que muchos de nuestros escritores han obtenido en el exterior, el número de producciones críticas en el país es reducido. Fuera, destaca el trabajo sistemático del grupo de bolivianistas fundado y sostenido por Magdalena González Almada y su grupo de estudio en Córdoba (Argentina), que ha ido desde la literatura tradicional hasta la más reciente y que con frecuencia incorpora nuevos nombres a la lista más consolidada.

Por fuera del registro académico y buscando escrituras divergentes, se publicaron el año 2023 el libro *Cinco puntos cardenales* de Oswaldo Calatayud y mi libro *Un presente abierto las 24 horas*. Ambas intentan jugar a una ficcionalización de la crítica, cosa que ya Blanca Wiethüchter planteaba como una crítica-ficción y Jorge Aguilar Mora como una crítica en primera persona, ficcional, sobre el siglo XIX. No es abundante la bibliografía, pero se está trabajando en ello con colegas como Cleverth Cárdenas, que lee la producción alteña reciente, y Mauricio Murillo, quien trabaja sobre la hibridez.

Si bien se constata un creciente interés de la crítica académica, una actualización en su corpus y cierta flexibilidad en sus métodos, su labor es todavía incipiente. Pongo en relieve el trabajo del grupo de investigación independiente X21, que en 2021 realizó tres jornadas de encuentro entre autoras/es y que publicó parte de ese trabajo en una breve antología con Vera Cartonera en Argentina, bajo el título *Bolivia, ¿dónde está eso?*

Desafíos

Después de este breve apunte, las escrituras del siglo XXI nos siguen retando a un esfuerzo de relectura y reposicionamiento en nuestro saber como críticas/os literarios. Posiblemente, esta lectura deba hacerse siempre de manera metadiscursiva, poniendo sus métodos y categorías en revisión permanente, y cuestionando su aporte y especialidad en un momento en que ha perdido su sitio de única validación y legitimación de “lo” literario. Deberá ampliar sus habilidades para expandirse e incomo-

darse con nuevos recursos, soportes y modos de producción-circulación, de modo que el estado de cosas cambie en el mundo y también en nuestro campo de saber.

También parece imperioso, dada la precariedad de la institucionalización de la crítica en nuestro país, inscribir la producción en contextos por lo menos latinoamericanos. Es bastante evidente la coincidencia en temas recurrentes como filiaciones extremas, violencias como condiciones de vida, deseos y temores de fin de mundo tal como lo conocemos y que se representa distópicamente; mutaciones y corporalidades *ciborg*, coexistencia de tiempos tribales y modernos, etc. También parece clara la adscripción al rebrote de lo gótico, lo ecocrítico, los modos del terror social, el *weird*, etc. Tal vez, al acostumbrado “aquí no pasa” boliviano haya que oponer el “aquí también” y afinar el oído para rastrear si existen modalidades singulares.

Paralelamente, el estado del arte crítico y del arte literario desafían su comprensión, desordenando binarismos no solo genéricos sexuales, sino también género-literarios, que sobrepasan la valla siempre porosa entre ficción/realidad, usual y raro, lo literario y lo que no lo es; tanto como las dicotomías del interior/exterior de las fronteras nacionales como hábito y prejuicio más que como ordenador. Los desacomodos del presente (calles con cadáveres, espacios tomados por el narcotráfico, guerras que no tienen batallones nacionales, desazón e incertidumbre) debieran llevarnos a pensar, con Cristina Rivera Garza, si queremos que todo cambie menos nuestra casita académica. O si seremos capaces, y por suerte varios colegas lo hacen, de oír, dialogar y afectarnos del presente...

Ojalá que la labor sumada de todas las posibles lecturas del hoy, en diálogo y habitado por esos futuros otros y sus cosmovisiones, y también inundado de urgencias para inventar futuros posibles, comience a trazar la «escena», el piso común y no solo unas listas de autorías y títulos.

Reconocer que las tecnologías nos han cambiado de escalas y, por tanto, han puesto en nueva crisis nuestras categorías (Sergio Rojas), que nos han hecho posible tanto el ser humano “posorgánico” (Paula Sibilia) como la vida datificada (Flavia Costa), es cuando menos acusar recibo de una realidad de la que somos parte. Estudiar cómo ese dato se aparece en nuestro imaginario literario permite no solo entender, sino simbolizar con otras/otros este tiempo común. Este presente “abierto las 24 horas”, como dije con cierta ironía en un libro reciente (2023), no deja ni pasar del todo su pasado (lo anhela, lo paga en sus consecuencias) ni su futuro, que no acaba de llegar y que, además, se niega en distopías, no-futuros y

catástrofes de todo tipo. En otro plano, leer las condiciones de producción, edición, traducción y difusión en épocas de “desterritorialización” demanda una nueva mirada e ingeniosos métodos, y no es muy optativo el hecho de acusar recibo de las asimetrías entre modos y agentes legítimadores, si es que se quiere mantener el estatus de criticidad profesional.

Lejos de las nostalgias lectoras que sueñan con seguir diciendo «boom latinoamericano» o con las que reniegan de vocabularios, procedimientos o mundos ficcionales o autoficcionales anhelando todavía su poder evaluador, la entrada en riesgo lector no implica una negación filial a su propia tradición de crítica literaria, sino un corrimiento, un apartarse al costado para mirar/oír nuevos pactos lectores que salgan de su cómodo repertorio y, más bien, articulen el hoy hacia un ayer siempre trizado, memorioso e imaginativo, especular, y lo lancen a un futuro igual de im-possible.

Quiero enfatizar en el hecho de que la crítica de las obras del presente solo se asume como riesgo mientras conversa con escrituras móviles, cuyo estatuto será definido por el tiempo, pero que ponen en jaque nuestras categorías y nos permiten indagar cuán dispuestos estamos a cambiar de camino, de corpus, de modos de configurar nuestros perfiles de críticos/as de literatura. Como bien señaló Didi-Huberman, no se trata de mirar otra cosa, sino de hacerlo de un modo diferente, cambiando las preguntas.

Bibliografía

Cárcamo-Huechante, Luis E., Fernández Bravo, Álvaro, & Laera, Alejandra (Comps.). (2007). *El valor de la cultura: Arte, literatura y mercado en América Latina*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo.

Castro-Ricalde, Maricruz (2019). “Hibridez e intermedialidad en *La historia de mis dientes* (2013) de Valeria Luiselli”. En Gustavo Giménez & Verónica Hernández Landa (eds.), *Ligera de equipaje: Itinerarios de la novela corta en México* (pp. 21-39). Ciudad de México: UNAM/IIF/CEL.

González, Gilmar (2011). “Dos novelistas del periodo democrático: Alison Spedding y Edmundo Paz Soldán”. En Cleverth Cárdenas & Omar Rocha (eds.), *Literatura y democracia: Novela, cuento y poesía en el periodo 1983-2009* (pp. 37-66). La Paz: IIL-UMSA.

Gutiérrez, Iván (Coord.) (2021). *Silencio y violencia: Hilando reflexiones sobre narrativa boliviana contemporánea*. La Paz: Editorial 3600.

Gutiérrez León, Anabel (2017). “El cuento boliviano del siglo XXI: Ruptura de fronteras en los cuentos de Giovanna Rivero, Magela Baudoin y Liliana Colanzi”. En Agustín Prado Alvarado (Coord.), *El cuento hispanoamericano del siglo XXI. América sin Nombre*, (22), 49-59.

Gutiérrez León, Anabel (editora, compiladora) (2023). *Antología del cuento en Bolivia*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza.

Guerrero, Gustavo (2018). *Paisajes en movimiento: Literatura y cambio cultural entre dos siglos*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.

Hartzog, François (2007). *Regímenes de historicidad: Presentismo y experiencias del tiempo*. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana.

Ludmer, Josefina (2009). “Literaturas postautónomas 2.0”. *Propuesta Educativa*, (32), 41-45. Buenos Aires: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.

_____. (2010). *Aquí América Latina: Una especulación*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.

Mazzoni, Ana & Selci, Damián (2006, mayo). Poesía actual y cualquierización. *el interpretador*, (26). Recuperado de <https://revistaelinterpretador.wordpress.com/2017/02/03/poesia-actual-cualquierizacion/>

Montoya Juárez, Jesús, & Esteban, Ángel (Eds.). (2008). *Entre lo local y lo global: La narrativa latinoamericana en el cambio de siglo (1990-2006)*. Madrid: Iberoamericana-Vervuert.

_____. (Eds.). (2013). *Imágenes de la tecnología y la globalización en las narrativas hispánicas*. Madrid: Iberoamericana-Vervuert.

Rivera Garza, Cristina (2019 [2013]). *Los muertos indóciles: Necroescrituras y desapropiación*. Ciudad de México: Penguin Random House.

- Rivero, Giovana (2013, junio). “Dossier del cuento boliviano actual”. *Círculo de Poesía*. Recuperado de <https://circulodepoesia.com/2013/06/dossier-de-cuento-boliviano-actual/>
- _____. (s.f.). “2007-2017. Descorriendo el tupido velo de la mediterraneidad”. En *Un río que crece 60 años en la literatura boliviana* (pp. 153-196). La Paz: Asociación de Bancos Privados de Bolivia.
- Rocha, Omar (2011). “El cuento en la cultura de la democracia”. En Cleverth Cárdenas & Omar Rocha (eds.), *Literatura y democracia: Novela, cuento y poesía en el periodo 1983-2009* (pp. 67-100). La Paz: IIL-UMSA.
- Rojas, Sergio (2023). *El asco y el grito: La violencia más acá de la representación*. Santiago de Chile: Paidós.
- Sanjinés, Javier (2009). *Rescoldos del pasado: Conflictos culturales en sociedades postcoloniales*. La Paz: PIEB.
- VV.AA. (2025). *Mixtura imposible: Antología del cuento boliviano*. La Paz: El Cuervo.
- Zelaya, Martín (2017). “Pensando la literatura boliviana”. *Boletín Literario*, 15(34), 8-10. Cochabamba: Centro Pedagógico y Cultural Simón I. Patiño.
- _____. (Coord. & Ed.). (2015). *Haciendo mundo, oficio y género: El escritor frente a su obra y en el contexto nacional*. La Paz: Editorial 3600.
- Wyngard, F. van de (2023). *Edición.bo*. La Paz: Manicure.